

Colecciones arqueológicas del Museo y una historia hecha de cajones



Ana Igareta
Matías Hernández

Desde su fundación, las colecciones del Museo se han enriquecido con la llegada de piezas y ejemplares de todo tipo, enviadas desde lejanos sitios del país y, a veces, del mundo. Durante más de un siglo, el material llegó embalado en una amplia y curiosa variedad de empaques, en su mayoría destinados originalmente a cumplir otra función. Una revisión de algunos de los contenedores utilizados para el material destinado a la División Arqueología permitió descubrir que también ellos tienen su historia.

Grandes cajones de madera de *Cinzano*, *Hesperidina*, licor-tónico *A. Delor y Cia*, vinos *Viuda de E. Hidalgo*, frigorífico *La Negra*, *Frutas selectas de Río Negro*, lubricantes *YPF* y aceite de oliva *Gutiérrez*. Medianos cajoncitos de madera de azúcar especial *Méndez y La Concepción*, velas de sebo *13 13 13*, kerosene *Aurora* y gasolina para motores *Energina*. Pequeñas cajas chatitas de cartón duro para placas fotográficas *A. Lumiere & Ses Fils* y para papel fotográfico *Lasaf*. Cajitas de metal de azafrán *Agrocom*, de cartón de pasta pectoral del *Dr. Andreeu*, de Fósforos *Avant* y de repuestos de plumas fuente *D Leonardt & Co*. Frasquitos de vidrio de *Redoxon Forte*, *Sulfedexan*

Abbott y tubitos de *antisépticos Formosine*. La lista es extensa y singular, y permite un breve recorrido por el último siglo y medio de marcas y productos consumidos en Argentina. Se trata, apenas, de una muestra de la variedad de contenedores usados por los arqueólogos en ese periodo para enviar material desde los sitios en que era encontrado y asegurarse de que llegara sano y salvo a La Plata.

Desde el momento mismo de la fundación del Museo a fines del siglo XIX, investigadores de todo el país realizaron campañas de exploración y excavación arqueológica destinadas a recuperar piezas que ampliaran las colecciones disponibles. Una vez obtenidos, los objetos y fragmentos eran embalados y acondicionados para soportar sin daño el recorrido que las traía hasta los depósitos de la institución. En las primeras décadas, eso incluía habitualmente unos cientos de kilómetros a lomo de mula y unos mil kilómetros en la bodega de carga de un tren; ya avanzado el siglo XX, los animales fueron reemplazados (aunque no siempre) por camionetas y los ferrocarriles

por micros de larga distancia. Por norma general, una vez llegadas al Museo, las piezas eran ubicadas en estantes o acomodadas en cajas y cajones nuevos de cartón y madera confeccionados a medida, pero en algunas épocas el volumen de piezas ingresadas parece haber sido mayor a las posibilidades de reposición, y un porcentaje de las piezas permaneció almacenado en el mismo embalaje en que llegó. Y fue así como contenedores de los más variados tipos ingresaron en los depósitos arqueológicos y permanecieron como inusuales custodios de un valioso contenido.

Cajas, cajones y cajoncitos

En el año 2008 la División Arqueología puso en marcha un proyecto integral de puesta en valor de sus colecciones históricas. El trabajo se inició en el Depósito 25, el más grande y antiguo de sus tres depósitos, y las tareas realizadas incluyeron el reemplazo de muebles y contenedores que mostraran evidencias de deterioro o pérdida de integridad. Madera, cartón, tela y papel (las materias primas de la mayor parte de los empaques históricos) son productos orgánicos que se ven afectados por el paso del tiempo, la humedad y la actividad de insectos, por lo que su presencia ponía en riesgo la conservación de las piezas en su interior, ya que todos esos factores pueden atacar también los restos arqueológicos. Al revisar las colecciones, se detectó que varias de ellas aún permanecían en el mismo embalaje en que habían llegado al Museo, años o décadas atrás, por lo que se decidió reemplazarlos por contenedores inorgánicos libres de ácido, tal y como lo indican las normas de la museología actual. Y si bien las piezas fueron entonces cuidadosamente acondicionadas y los antiguos contenedores removidos, sus peculiares características no pasaron inadvertidas; el equipo responsable del trabajo se interesó por documentarlas para, alguna vez, contar su historia.

Pesadísimos cajones de madera sólida, bolsas de tela rellenas con paja, delicados frasquitos de vidrio. Tapas con bisagras, sueltas, clavadas, a rosca o con encastes.





1. Tapa, base y uno de las laterales de la caja de repuestos de plumas *D Leonardt & Co*, reconocidas a nivel mundial por ser “*adecuadas para escribir en toda posición*”, una proeza para las plumas fuentes de fines del 1800. Fotografía M. Hernández.

Etiquetas de papel impresas con coloridos logotipos, inscripciones grabadas a fuego sobre la madera, nombres y direcciones pintados sobre las superficies. El repertorio de contenedores empleados por los arqueólogos en el campo fue extenso y variado, y la necesidad de asegurar que las piezas fueran transportadas sin daño parece haberlos impulsado a reutilizar casi cualquier recipiente que tuvieran a mano, lo que generó un curioso contraste entre su contenido original y el arqueológico. Así, sólidos cajones de madera de *Cinzano* envasado en *Buenos Ayres* a fines del siglo XIX custodiaron fragmentos cerámicos recuperados en la puna durante la primera década del XX, y en la década de 1940 una delicada cajita de cartón de repuestos de plumas fuente *D Leonardt & Co* fabricadas en Inglaterra transportó hasta el Museo diminutas cuentas de vidrio desde una excavación en Jujuy.

La mayor parte de los contenedores mantuvo intactas sus inscripciones y etiquetas comerciales originales, y los arqueólogos escribieron por encima con tinta china,

lápiz o birome o les superpusieron nuevas etiquetas de papel pegadas o sostenidas con tachuelas. Por lo general, los investigadores indicaron el nombre del sitio excavado, sus coordenadas, el año de la excavación, la localidad desde la cual se despachaba el material y su punto de destino, y ocasionalmente un breve detalle del tipo de piezas que cada embalaje contenía o alguna observación referida a su fragilidad. En el caso de recipientes pequeños, la información se reducía a unas pocas letras, números o palabras que servían para referenciar el contenido a los datos registrados por los arqueólogos en mapas y cuadernos o libretas de campo.

De modo espontáneo e irregular, las cajas y cajones utilizados para transportar restos arqueológicos hasta el Museo generaron en el Depósito 25 un registro material cuyo análisis hace posible recuperar pequeñas historias de marcas comerciales de diversas épocas pero, sobre todo, que proporciona datos sobre las conductas de consumo de los arqueólogos de campaña. Y si bien no hay certezas al respecto, dado que también



2. Anverso y reverso de un frasco de *Sulfedexan* de Laboratorios Abbot; los números manuscritos identifican el hallazgo y la referencia “pedras malaquitas” da cuenta de su contenido. Fotografía M. Hernández.

es posible que simplemente recogieran los cajones de algún comercio antes de iniciar el viaje, una rápida revisión de su contenido original muestra que correspondía a productos habitualmente utilizados como insumos durante sus exploraciones. Comida, bebida, elementos médicos y de botiquín, material de papelería y fotografía, productos de limpieza, combustible e iluminación son los rubros más representados, y los contenedores pueden ser organizados cronológicamente de modo tal que conecten con la tarea arqueológica en distintos momentos de su historia.

A. Lumière & Ses Fils

Las primeras publicaciones arqueológicas del Museo fueron ilustradas con notables dibujos realizados a mano pero, lentamente y gracias a nuevos desarrollos tecnológicos, la fotografía se impuso como recurso in-

dispensable para el registro de actividades y para la presentación de piezas. En la década de 1870 el proceso de obtención de fotografías sufrió un cambio revolucionario a nivel mundial, permitiendo que el fotógrafo preparara con anticipación las placas de vidrio que utilizaba para soporte de los negativos. Hasta ese momento, el proceso se realizaba en húmedo y obligaba a emplear diversos tipos de sustancias químicas en el momento mismo de obtención de la imagen, pero la aparición de placas secas de gelatina-bromuro de plata simplificó el procedimiento.

El producto fue comercializado por la *Sociedad anónima de placas y papeles fotográficos* propiedad de los Lumière, los mismos hermanos que patentaron el cinematógrafo y desarrollaron el primer proceso de obtención de fotografías a color.

Una caja de cartón de tapa encastrable cuya etiqueta en francés indica que originalmente contenía placas secas Lumière fue utilizada luego para el traslado de pe-



3. La tapa de la caja de placas Lumière con la etiqueta impresa original con detalles del producto fabricado en Francia y una banda agregada que indica que fue ganador de Grandes Premios en las Exposiciones Universales de París de 1889 y 1900.

queñas piezas coloniales de vidrio y piedra recuperadas en Catamarca y Tucumán. Lo interesante de ese conjunto en particular es que fue enviado durante los primeros años del siglo XX por Carlos Bruch, investigador especializado en el estudio de insectos que se desempeñó ocasionalmente como arqueólogo de campo. Pero Bruch fue además un eximio fotógrafo, responsable de introducir en el país mecanismos novedosos de obtención de imágenes y una de las personas directamente involucradas en la puesta en marcha de la imprenta que funcionó en el Museo. No caben dudas de que los adelantos técnicos en la industria fotográfica fueron de su interés, y no es difícil suponer que en algunos de sus muchos viajes por el noroeste del país utilizó las entonces novedosas placas de gelatina-bromuro de plata y reutilizó luego la cajita en que se comercializaban como embalaje de resguardo de material arqueológico recuperado en sus exploraciones.

Hesperidina

Lanzada al mercado en 1864 y aún vigente en la actualidad, la *Hesperidina* es un producto 100 % argentino que rápidamente conquistó al público local. Pese a tratarse de un aperitivo con 26° de alcohol, desde sus inicios fue consumida como tónico y digestivo, ya que su fórmula basada en la maceración de corteza de naranjas y otras hierbas se consideraba favorable para el tratamiento de diversas dolencias. Por más de un siglo su famosa botella-barril fue distribuida desde la fábrica *M.S. Bagley & Co.* ubicada en Barracas, en cajones de madera, y varios de ellos fueron hallados en el Depósito 25 como contenedores de piezas líticas prehistóricas procedentes de la Patagonia argentina. Si bien sus dimensiones corresponden a las de un cajón comercial promedio, fueron confeccionados con tablas de madera de casi 2 cm de grosor y su peso es notable ya que, completamente vacíos, rondan los 4 kg. La



4. Uno de los cajones de *Hesperidina* hallados en el depósito; el diseño de sus laterales reproducía la silueta del edificio donde se fabricaba el producto y detallaban características del producto. Fotografía A. Igareta.

solidez de su estructura explica por qué fueron elegidos para transportar conjuntos de objetos de piedra que podrían llegar a pesar 30 o 35 kilos y obliga a preguntarse acerca de las dificultades que pasaron las personas encargadas de moverlos en el terreno y en su recorrido hasta el Depósito dentro del edificio del Museo.

El diseño de la gráfica impresa en los laterales de los cajones permite ubicar su confección en los últimos años del 1800, y las etiquetas del material arqueológico indican que las excavaciones del material que trasladaron fueron realizadas en los primeros del 1900. Una historia nunca comprobada pero muy repetida afirma que Francisco Moreno, fundador y primer director del Museo, fue un consumidor habitual de *Hesperidina* y que solía llevar una buena provisión del producto en sus viajes por el interior del país. Si bien no existen evidencias concretas de tal predilección, la abundancia de sus cajones en el Depósito sugiere que, junto con *Cinzano*, era una de las bebidas favoritas de los arqueólogos de su época.

De cabo a rabo

Al igual que en el caso de los materiales de piedra, el transporte de huesos de grandes animales hallados en sitios arqueológicos con frecuencia requirió del uso de cajones de madera para asegurar que las piezas llegaran sin daño al Museo. Entre las décadas de 1920 y 1940, investigadores que trabajaban en diversos sitios del suroeste de la provincia de Buenos Aires utilizaron para ello sólidos cajones de 25 kilos de carga cuyo contenido original fue “*primer jugo bovino*” de marca *La Negra*. Ese era el nombre de fantasía de la Compañía Sansinena de Carnes Congeladas que se instaló en la margen sur del Riachuelo a mediados de 1880; inicialmente funcionó como matadero y grasería, y luego amplió su oferta a la venta de derivados. Desde mediados del siglo XIX la grasa del ganado vacuno se convirtió en nuestro país en el subproducto ganadero de mayor importancia comercial, después de la carne y el cuero. Su materia prima son las “*gorduras*” y otros restos no consumibles de los animales, que son procesados para obtener sustancias alimenticias y de uso industrial. Mantecas y



5. Dos de los cajones de frigoríficos *La Negra* utilizados para el transporte de piezas de gran peso y volumen; por su considerable solidez y dureza, mantuvieron su valioso contenido perfectamente a resguardo.

primeros jugos son los principales comestibles, mientras que el sebo se utiliza para la fabricación de jabones, velas, fertilizantes y forraje.

Curiosamente el Depósito 25 albergaba también evidencia del uso de cajoncitos de madera originalmente destinados al transporte comercial de velas de sebo, que fueron empleadas luego como embalaje para el tránsito de fragmentos de cerámica decorada reunida en los Valles Calchaquíes entre las décadas de 1910 y 1940. Si bien no fue posible precisar en qué época fueron fabricados dichos contenedores, los dispositivos para iluminación artificial fueron –y aún son– imprescindibles para el trabajo de campo arqueológico, dado que el material y la información recuperados durante el día son procesados por la noche y nada de ello puede hacerse sin una fuente de luz más o menos adecuada. Pero las velas de sebo parecen haber sido además, durante todo el periodo colonial y hasta entrado el siglo XIX, un poderoso remedio casero para casi todos los males. En una carta publicada en 1883 en una revista porteña, el Dr. Bayo recordaba que “*el sebo era el botiquín doméstico, la panacea universal, nada resistía a su acción poderosa; los chichones (...) se curaban con sebo, con sal y saliva en ayunas; si uno se encajaba una espina (...) aplicándole sebo salía de raíz; el pasmo huía con vergonzosa fuga a la presencia del sebo caliente, y el catarro más*

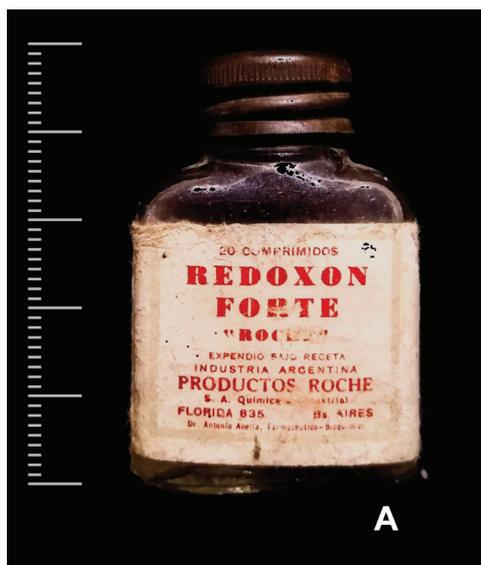
empecinado iba a parar a la loma del diablo siempre que nos introdujésemos un cabo de vela derretido en agua caliente...”.

Primer suplemento de vitamina C en el mundo

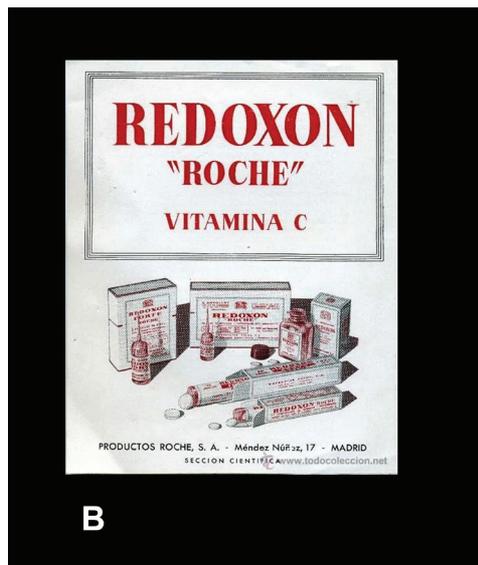
Lanzada al mercado mundial en 1934 para combatir los síntomas de gripe y resfriado, *Redoxon Forte* de Laboratorios Roche comenzó a ser fabricado y comercializado en Argentina dos décadas después. De la elaboración del producto, basado en la síntesis industrial del ácido ascórbico o Vitamina C, participó Tadeus Reichstein quien en 1950 recibió junto a su equipo el Premio Nobel de Medicina por sus descubrimientos sobre el funcionamiento de las glándulas suprarre-



6. Uno de los cajoncitos de velas de producción nacional con logo y detalles de su marca “13 13 13” pirograbados en el frente. Fotografía M. Hernández.



A



B

7. (A) Uno de los frasquitos de *Redoxón* comprimidos utilizados como contenedor en el Depósito 25 y (B) una publicidad gráfica del producto de la década de 1950.

nales y la hormona cortisona. *Redoxon* fue el primer gran éxito comercial de Roche y contribuyó a imponer el consumo regular de vitaminas sintéticas como práctica terapéutica.

En la década de 1960 pequeños frascos de vidrio transparente de *Redoxón* 20 comprimidos fueron empleados para preservar pequeños discos pulidos de conchas marinas conocidas como *chaquiras*, recuperados en excavaciones realizadas en distintos sitios de la provincia de Salta. Distintas culturas prehispánicas del área andina utilizaron chaquiras para la confección de collares y adornos, y su pequeño tamaño y escasísimo peso (suelen volarse con solo respirar fuerte cerca de ellas) hace que sean difíciles de manipular, por lo que el uso de un recipiente de vidrio y con tapa metálica a rosca para preservarlas fue una excelente elección.

Quiénes formamos parte del equipo del D25 solemos decir que la puesta en valor de sus colecciones nos dio la posibilidad de hacer “arqueología de depósito”. No solo porque nos llevó a investigar sobre conjuntos poco conocidos del patrimonio arqueológico del Museo, o porque generó adecuadas condiciones de accesibilidad para materiales que hasta entonces permanecían relegados, sino porque a través de un registro singular nos permitió asomarnos a la tarea de quienes se ocuparon de reunir dicho patrimonio. Aunque mucho más modernos

que los restos que custodiaban, esos cajones, cajas y frasquitos se convirtieron también en evidencia material de la actividad del hombre en el pasado. En este caso en particular, evidencia de la preocupación de docenas de arqueólogos por asegurar la integridad de sus hallazgos en su tránsito hacia el Museo y de la curiosa variedad de contenedores a los que recurrieron para conseguirlo. ♦

Lecturas sugeridas

Anuncios en el recuerdo: la historia de las primeras marcas y los avisos de la Argentina (<https://www.lanacion.com.ar/economia/anuncios-en-el-recuerdo-la-historia-de-las-primeras-marcas-y-los-avisos-de-la-argentina-nid1892021>)

Dra. Ana Igareta
CONICET, Inst. de Invest. de Historia, Teoría y Práxis de la Arquitectura y la Ciudad (HiTePAC), Fac. Arq. y Urb. División Arqueología, Museo de La Plata, FCNyM, UNLP

Lic. Matías Hernández
Inst. de Invest. de Historia, Teoría y Práxis de la Arquitectura y la Ciudad (HiTePAC), Fac. Arq. y Urb. UNLP